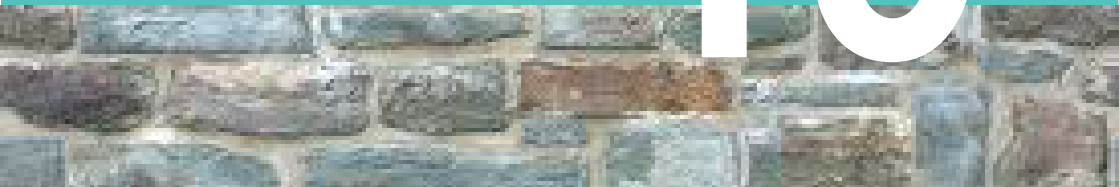


Orden Franciscana Seglar

Nuestra Regla y Vida

Itinerario Franciscano para la Formación
OFS Argentina 1998-2000
Reedición 2014

15



Texto de la Regla

Artículo 15.

Estén presentes con el testimonio de su vida humana y también con iniciativas eficaces, tanto individuales como comunitarias, en la **promoción de la justicia**, particularmente en el ámbito de la vida pública, empeñándose en opciones concretas y coherentes con su fe.



Contemplación:

Nuestro carisma es intrínsecamente secular. Si asistimos a reuniones y retiros, celebramos Eucaristías y Horas Santas, organizamos capítulos y Asambleas no es para experimentar la fascinación del Monte Tabor y decir con los tres apóstoles “¡Qué bueno es estar aquí!”. Todos estos encuentros deben servir de poderosa fuerza que nos impulse a comprometernos con más intensidad en el diario vivir, a convertirnos un poco más todos los días...

Debemos practicar la justicia a nivel individual. Asumir todos los compromisos que tenemos en la familia y en la sociedad es la primera etapa. Las estructuras injustas son la proyección del pecado de injusticia personal.

El mundo contemporáneo se caracteriza por una socialización cada vez más acentuada. La vida de cada individuo se ve influida directa o indirectamente por sociedades intermedias que tienen el bien común como objetivo y la justicia como modo de ser. El consejo de administración del consorcio, la cooperadora escolar, la sociedad de fomento barrial son entidades que necesitan de la participación de todos para cumplir con su finalidad de servicio.

El franciscano seglar debe comprometerse con estas asociaciones. Si no lo hiciera estará traicionando la misma esencia de su espiritualidad.

Comprometerse significa:

- interesarse, conocer, aprender, informarse, participar con espíritu crítico de la vida de estas entidades, como simple miembro de las mismas.
- ofrecer el servicio de la conducción, cuando se tienen aptitudes naturales y cierta competencia técnica para las tareas de liderazgo.



El desinterés del laicado en general por la administración de la “cosa pública”, empezando por lo más inmediato, la escuela, el consorcio, etc., nace de dos actitudes muy poco evangélicas: A veces tenemos la convicción de que “nada puede cambiar”. Otras veces se malinterpretan las palabras de Jesús cuando dijo: “Mi reino no es de este mundo”, para rehuir elementales obligaciones del bien común.

El optimismo franciscano parte de la certeza de que “todo lo bueno nos viene de Dios”. Por eso, porque a pesar de la caída tenemos cosas buenas en nosotros y cosas buenas que descubrir en los otros es que naturalmente debemos actuar sobre la realidad... En la contemplación de lo bueno, bello y verdadero que hay en el mundo tendemos redes fraternas con todos los hombres. El esfuerzo por vivir la fraternidad nos conduce a la justicia, empezando siempre por los más próximos.

Este camino de compromiso supone:

- la conversión permanente y el aprendizaje a partir de nuestros errores.
- una oración encarnada en la vida misma.

Cuando se emprende un camino de santidad de alguna manera se es más eficaz en el compromiso temporal. Un santo es una transparencia casi perfecta de Dios. Por intermedio de ellos se irradia más luz a más personas. El testimonio de tantos santos y beatos seglares franciscanos comprometidos con resolver problemas de la salud de los más desvalidos, o actuando a favor de los pobres o en el mundo de la cultura así lo demuestra.



no se comparte se pierde,
se brinda de corazón se
multiplica.



Lo
Leal

ACTIVIDADES:

1.- Reflexionar con los hermanos la siguiente anécdota:

“Las S.S. (fuerzas nazis) colgaron a dos hombres y a un joven judíos delante de todos los internados en el campo. Los hombres murieron rápidamente, la agonía del joven duró media hora. “¿Dónde está Dios? ¿Dónde está?”, preguntó uno detrás de mí. Cuando después de largo tiempo el joven continuaba sufriendo, colgado del lazo, oí otra vez al hombre decir: “¿Dónde está Dios ahora?” y en mí mismo escuché la respuesta: ¿Dónde está? Aquí... está ahí colgado del patíbulo.” (Ellie Siesel - Sobreviviente de Auschwitz)

a.- Relacionar esta anécdota con Mt 25, 34-40

b.- A la luz de lo anterior, leer contemplativamente el siguiente texto de Raniero Cantalamessa:

“Pero ésta es precisamente nuestra desgracia: no reconocemos verdaderamente y hasta el fondo nuestro pecado. Decimos: “¿En el fondo, qué hice de malo?” Pero escúchame, hermano, porque ahora hablo yo a mi corazón pecador, pero también al tuyo. ¿No ves tu pecado? Entonces, debes saber que tu pecado ¡es precisamente el no ver tu pecado! Tu pecado es la auto justificación, esto es sentirte irremediadamente en regla con Dios y con los hombres, incluso cuando, con palabras, te declaras pecador. Este fue el pecado que -por haberlo denunciado con energía entre los fariseos- llevó a Jesús a la cruz.

Al sentirte justo, terminas por no entender ya la cruz de Cristo y tu cruz. Te sientes a ti mismo y al mundo entero como víctimas de un dolor desproporcionado, demasiado grande para no acusar a Dios que lo permite. (...)

La verdad es, por tanto, otra. Somos nosotros los que hacemos sufrir a Dios, no Él quien nos hace sufrir. Pero hemos tergiversado esta verdad hasta el punto de preguntarnos, después de cada nueva calamidad: ¿Dónde está Dios? ¿Cómo puede Dios permitir todo esto?”





Para ponernos en acción:

- a.- ¿Qué iniciativas individuales o comunitarias hemos tomado en el último año promoviendo la justicia?
- b.- ¿Cuáles podemos comprometernos a tener en el próximo?
- c.- Reviso mis opciones con ayuda de mis hermanos para encontrar aliento y llegar a una verdadera conversión del corazón:

- . POR LOS POBRES
- . EN SALVAGUARDA DE LA CREACIÓN
- . A NIVEL POLÍTICO Y SINDICAL
- . ACERCA DEL BIEN COMÚN
- . EN RELACIÓN CON LA EDUCACIÓN DE MIS HIJOS

EN LA ESPIRITUALIDAD FRANCISCANA

Un comportamiento que quiere salvaguardar la prioridad de las relaciones humanas

El Poverello tiene una concepción original de la propiedad. La tierra es una herencia gratuita que han recibido los hombres para hacerla rendir y compartir sus frutos. Nadie es propietario de lo que administra. No se da algo al pobre. Se lo comparte con él. Más aún, según Francisco, se le restituye lo que le corresponde en derecho.

Opina que no tiene derecho a conservar nada, desde el mismo momento en que hay otro más pobre que lo necesita. Esta actitud interpela a nuestra sociedad actual, abre nuevas perspectivas socioeconómicas. Este «mendigo» de Dios pone en discusión nuestras estructuras de intercambios nacionales o internacionales basadas en el tener, en la propiedad, en el capital, y no en las necesidades reales de los hombres. Yo sé que algunos teóricos exclamarán: «¡Es evidente que Francisco de Asís no es un economista!».

Desde luego que no lo es, pero Francisco tiene la sabiduría del corazón y el sentido innato de las personas. Lo subordina todo a la persona humana. Para él, los bienes, legítimos en sí mismos, tienen que seguir siendo medios de subsistencia y sobre todo de relaciones. Ya hemos visto cómo la fraternidad humana es una reciprocidad de servicios mutuos vividos en todos los niveles de la vida social, nacional e internacional.

Francisco sabe, por experiencia familiar, cómo los bienes acumulados, apropiados, utilizados de forma egoísta, degradan y pervierten a los hombres y a sus relaciones hasta caer en el odio y la violencia.

Nuestra época está a punto de verificarlo también a un nivel planetario. Y si Francisco siente un horror visceral al dinero, es porque el dinero se había convertido ya en el símbolo de encerramiento del hombre dentro de sus bienes, de la capitalización en detrimento de las relaciones con los demás y con Dios.



Este pobre evangélico interpela así vigorosamente a nuestra concepción materialista del éxito, que llega a hacernos calcular el desarrollo de una nación por su producto nacional bruto. Está convencido de que lo que constituye la grandeza del hombre no es su poder de adquisición, sino su capacidad de relación, de amar y ser amado. Esta pretensión del hombre de poseer «como propio» lo que ha recibido para administrarlo y compartirlo es una «malversación» de fondos que desnaturaliza su propio misterio.

Francisco tiene plena conciencia de que lo recibe todo de Dios: la vida, el pan, el Espíritu; los dones materiales y los espirituales. Y como Dios es amor, esta actitud de verdad no es alienante, sino liberadora. Su pobreza voluntaria le abre el misterio del hombre y de sus relaciones con el mundo creado. El hombre lo recibe todo y se recibe a sí mismo de Dios. Este misterio ha sido completamente olvidado en nuestros días por obra de esos circuitos tan complejos que conducen desde el fruto de la tierra hasta su consumo. El hombre se olvida casi necesariamente de que todo es don.

Francisco quiere vivir y significar comunitariamente la verdadera condición humana. Hacerse él mismo en el amor, que es relación, acogida e intercambio. Para el Poverello, Dios es una dimensión, no ya «sobreañadida», sino esencial a la existencia del hombre. ¡Dios no puede ser una opción facultativa! Es o no es. Y si es, es la identidad profunda del hombre. Francisco quiere manifestar por medio de toda su vida esta verdad de la fe. El hombre es un deseo infinito encerrado en unos límites estrechos.

La imposibilidad de conciliar estos dos aspectos explica todas las perversiones sociales y económicas. Pues bien, nadie se escapa de sí mismo. Más pronto o más tarde, hemos de consentir en habitar en nosotros mismos, en la verdad profunda que somos. La pobreza de Francisco es esa falta de plenitud reconocida, asumida y abierta al bien de Dios que nos colma. No es la exaltación de la miseria, que es preciso combatir con todos los medios, sino el signo de una carencia absoluta.



Por lo demás, todos esos «pobres» —enfermos, minusválidos— nos invitan sin cesar a descifrar nuestro propio misterio. Nos dicen algo fundamental sobre el hombre. Interpelan nuestra pretendida «felicidad». Por algo los marginan espontáneamente nuestras sociedades llamadas de consumo. Para Francisco, esos pobres son palabras de verdad sobre el misterio del hombre, que no existe más que en la relación amorosa.

La pobreza franciscana: ¿una espiritualidad de evasión o de liberación?

No se trata de ceder a una ideología ambiental, ni de querer recuperar ansiosamente ciertos temas modernos para justificar una espiritualidad, pero lo cierto es que el mundo actual plantea a los cristianos algunas cuestiones radicales. Estas cuestiones han asumido un interés dramático en ciertos países como América del Sur. Se plantean sin embargo a la conciencia de todo creyente que se enfrente con las llamadas del tercer mundo o de los sectores menos favorecidos de nuestros países occidentales. Aunque sólo sea por el escándalo del desempleo generalizado.

Estas cuestiones nos obligan a interrogar al evangelio de Cristo y a reconsiderar nuestro comportamiento práctico en el mundo de hoy. Esto afecta no solamente a la teología, sino también y sobre todo a la espiritualidad que nos anima. La espiritualidad franciscana no se libra de este interrogante. Porque, ¿qué es una espiritualidad?

Es una manera vital de situarse frente a Dios, frente al mundo de los hombres y frente a la historia. Una actitud global que informa a los detalles y a la totalidad de nuestra vida. Por tanto, la espiritualidad es una manera concreta de vivir el evangelio, animada e iluminada por el Espíritu.

Actualmente, la espiritualidad franciscana tiene que enfrentarse con nuevas exigencias para integrarlas. Francisco no es un modelo que imitar, sino una invitación permanente a crear algo nuevo. El «camino» franciscano tiene que profundizar en la herencia del pasado y enriquecerse con respuestas nuevas. Semejante espiritualidad renovada tiene que ayudarnos a dar un nuevo rostro a nuestra vida, a nuestras comunidades, a nuestra oración y a nuestros compromisos. (...)

Francisco nos invita más que nunca a convertirnos, es decir, a centrarnos de nuevo en Dios y en el hombre. Dios acogido con todas sus exigencias de amor, el hombre aceptado en todas sus dimensiones relacionales, socioeconómicas, estructurales y políticas. Una espiritualidad que sólo buscase la «salvación de las almas» estaría en disonancia con la realidad humana y con el provecho de



Dios. Encerraría en unos comportamientos individualistas o intimistas. Sería todo lo opuesto a la espiritualidad de san Francisco.

Por consiguiente, la familia franciscana tiene que encontrar un camino de fraternidad Y de paz universal a través de esta lucha por la liberación de todo hombre. Nuestra espiritualidad tiene que ser capaz de integrar el respeto a las personas y los conflictos, inevitables, en este combate por la justicia.

En nuestra sociedad súper organizada, la apuesta evangélica de Francisco no aparece ya. tan insólita. Muchos hombres de buena voluntad le prestan un oído bien atento. La tarea es inmensa, los problemas complejos, la pesadez de las mentalidades y de las estructuras a veces desesperantes, los egoísmos aparentemente insuperables. Sin embargo, muchos han comprendido que allí es donde se sitúa el desafío más grave y urgente de nuestra época. Y si la tarea parece desmesurada, el hombre tiene hoy los medios técnicos de asumirla. Lo que se necesita es la convicción y el coraje de realizarla. Y el pobre de Asís se convierte hoy más que nunca en un hermano que estimula y despierta. La inspiración franciscana puede contribuir modestamente a este cambio radical de las mentalidades, de los corazones y de las estructuras. (...)

En este camino fraternal, los cristianos han de ser los pioneros y los más creadores. ¿Qué podrían proponer sobre el tema de una “economía de la pobreza”, sino un nuevo orden económico mundial? La familia franciscana ¿puede acaso quedarse al margen de esta obra profética y gigantesca que está hecha a la medida del sueño del Poverello?

Fuente: Hubaut, M. “El Camino Franciscano”



Oración:

No hay más que dos amores, Señor:
el amor a mí mismo y el amor a Ti y al prójimo.
Cada vez que yo me amo es un poco menos de amor
para tí y los demás, una fuga de amor, una pérdida de amor.
Pues el amor ha sido hecho para salir de mí y volar hacia los otros.
Cada vez que el amor retorna a mí se marchita, se pudre y muere.
El amor propio es un veneno que absorbo cada día.
Se queda con la mejor porción y se guarda el mejor sitio.
Acaricia mis sentidos y roba el pan de la mesa de los otros.
El amor propio está lleno de compasión hacia mí y
menosprecia el sufrimiento ajeno.
Y lo más grave es que el amor a mí mismo es un amor robado,
estaba destinado a los demás, ellos lo necesitaban
para vivir, para crecer y yo lo he desviado
y así esta clase de amor va creando el sufrimiento humano,
así el amor de los hombres hacia sí mismos crea la miseria humana
todas las miserias humanas todos los dolores humanos.
Hoy te pido que me ayudes a amar.
Concédeme, Señor, que reparta el verdadero amor por el mundo.
Haz que a través de mí y de tus hijos,
tu Amor penetre un poco en todos los ambientes,
en todas las sociedades, en los sistemas económicos y políticos,
en todas las leyes, en los contratos, en los reglamentos.
Haz que penetre en los despachos, las fábricas,
los barrios, las casas, los cines, los bailes.
Haz que penetre en los corazones de los hombres y
que yo jamás me olvide
de que la lucha por un Mundo Mejor es una lucha de amor,
al servicio del amor.

Michel Quoist - Oraciones para rezar por la calle.

